

Paseos de la época colonial

El más antiguo de los historiadores cubanos, José Martín Félix de Arrate, nos habla en su famosa historia de los lugares que utilizaban por el año de 1761 los vecinos de esta ciudad para su esparcimiento, o sea de los primeros paseos habaneros de que se tienen noticias.

Aunque La Habana, dice "no goza de los célebres paseos de otras regiones y ciudades más opulentas... acá la misma amenidad de los sitios suministra la parte más principal para el recreo, siendo innegable que aun sin incluir el paseo de la bahía, que ~~no~~ está en uso, y fuera de extremado placer si se practicase, porque en la ribera opuesta a la población, brinda la apacibilidad de algunos parajes bastante incentivo para un honesto pasatiempo;... tenemos, sin numerar éste, otros por la parte de tierra que son los acostumbrados, ya tomando por la puerta de la Punta el camino de la caleta que es una alameda natural en que se disfruta con el fresco sombrío de los ^{rv}vieros y limpia llanura de la senda más deleitable, la vista del mar por una banda y por la otra la de las huertas que están asentadas por aquel paraje: ya saliendo por la puerta de Tierra a la calzada en que hoy se van plantando árboles copudos que le den sombrío por donde encaminar el paseo a los Cocales, y a los dos barrios inmediatos de Nuestra Señora de Guadalupe y Santísimo Cristo de la Salud, o ya últimamente eligiendo para el recreo el Arsenal en donde sus máquinas y tráfaço pueden

divertir y ocupar el tiempo y la atención con gusto mucho rato no sólo a los inclinados a la náutica, sino a los que no lo son".

Fueron después la Alameda de Paula, la Plaza de Armas, la Corrina de Valdés, el Nuevo Prado o Alameda de Isabel II y el Paseo Militar o de Tacón, los lugares expresamente construídos como sitios de recreo, que merecieron la preferencia de los habaneros para su esparcimiento, durante la época colonial.

ALAMEDA DE PAULA

Entre las diversas obras de ornato que en 1771 acometió el Marqués de la Torre, figuró la construcción de un teatro y de la Alameda de Paula, malecón que dominaba la bahía y las montañas y caserío de Regla. Reducida al principio a un terraplén adornado con álamos y bancos de piedra, fué hermoseada por los sucesivos gobernadores de la Isla y principalmente por Someruelos, que mejoró también el teatro Principal, que figuraba en uno de sus extremos.

+
Dice Pezuela que de 1803 a 1810 se embaldosó y adornó con una sencilla fuente, colocándose años más tarde una baranda de hierro en toda su extensión, amplias escaleras a los costados, y farolas. Junto al hospital de Paula que se encontraba en uno de sus extremos había, al decir de Bachiller y Morales, "una espaciosa enramada de bejuco indio siempre verde y salpicado de sus amarillas flores: bajo de ella se colocaban perpetuas mesitas, donde se jugaba al dominó, se refrescaba y conversaba. El café de las Delicias, de madera, que daba a la calle era el establecimiento de que constituía una parte y la más notable el alegre patio encajonado entre el mar de la bahía y las paredes de un hospital".

Refiere Francisco González del Valle en La Habana en 1841, que "era lugar favorito escogido por los habaneros para su solaz y distracción; las damas acudían a él en quitrines y volantas para tomar, durante la noche, el fresco del terral que había en esa parte de la ciudad. Sin embargo, desde 1837 había disminuido gradualmente un tanto su boga, a causa de la alcanzada por la Plaza de Armas".

PLAZA DE ARMAS

Circundada por el Templo, el Palacio de los Capitanes Generales, el de la Intendencia, la casa del Conde de Santovenia, el Castillo de la Fuerza y la casa del Tribunal Mercantil y Junta de Fomento, y ostentando en su centro la estatua de Fernando VII, fué la Plaza de Armas en épocas lejanas el sitio preferido de diversión por los habaneros y extranjeros que nos visitaban, principalmente en las noches de retreta en que tocaba en su centro una banda militar. Discurriendo por sus calles interiores, que contaban floridos jardines, refrescados por fuentes, o sentados en los bancos que se hallaban de trecho en trecho, o paseando en sus quitrines y carruajes por las calles exteriores, "toda la Habana" de 184... se daba a sí misma allí esos "días de moda" o de retreta, así como el jueves y viernes santo, en que a pie concurría a oír el concierto sacro que esos días se daba en la Plaza de Armas.

Ildefonso Vivanco, en el Paseo Pintoresco Por la Isla de Cuba, de 1841, ofrece este cuadro de las noches de retreta: "la encantadora música, tan amada de los hijos de la zona tórrida lleva a la Plaza de Armas una linda y elegante concurrencia que entre el susurro de la brisa de los árboles y las flores, el murmullo de las fuentes y los sonos de la música, discurre dulce y apacible

7 4
mente por sus calles, departiendo, bien de amor, bien de empresas mercantiles".

CORTINA DE VALDES

Inició la construcción de esta alameda en 1841, el Capitán General don Gerónimo Valdés, de quien tomó el nombre. Tenía una longitud de 200 varas castellanas y se extendía sobre el lienzo de la muralla del mar entre las baterías de San Telmo y el Parque de Artillería, entrándose a ella, en sus extremos, por dos escaleras de piedra. Tenía asientos de piedra, árboles y una barandilla que circundaba.

Dice Pezuela que "además de disfrutarse en este paseo de las brisas del E. en toda su plenitud, es muy preferido por los que andan a pié, así por sus preciosas vistas a la entrada de la bahía, al Morro, la Cabaña y a todo el puerto, como por ser proximidad a la Plaza de Armas y a los puntos principales de la población".

Desapareció después del cese de la dominación española.

NUEVO PRADO O ALAMEDA DE ISABEL II

Se conoció también por los nombres de Alameda de Extramuros, Paseo del Prado, Paseo del Conde de Casa Moré, Calle Ancha desde la Calzada del Monte al Arsenal, y, por último, desde 7 de noviembre de 1904, Paseo de Martí.

Lo construyó el marqués de la Torre en 1772, desde la puerta de la Punta a los baluartes del N. O., formado por cuatro calles de árboles, ensanchándolo y prolongándolo los siguientes Capitanes Generales, principalmente las Casas, Someruelos, Vives y Ricafort, llegando a los setenta años de su inicio a extenderse, desde la nueva cárcel, por la calzada de San Lázaro, hasta la Puerta de

Tierra, teniendo en este extremo la fuente de la India o de la Noble Habana, ostentando, además, en una de sus secciones, la estatua de Isabel II que se colocó en 1851 y dos fuentes pequeñas más, repartidas en otros tramos del paseo.

Al principio, los concurrentes a éste, según dice José M. de la Torre, daban después una vueltecita por las calles del Empedrado, Habana, Sol o Jesús María y Oficios, reuniéndose los hombres en el café de Mr. Tavern, que se conocía por Café de Taverna, en la plaza de Armas, continuándose hasta la nevería de Juan Antonio Monte, situada en Cuba entre Luz y Acosta, a tomar helados, que valían a peso la copa.

Jacinto Salas y Quiroga, en su libro de 1840, Viajes por la Isla de Cuba señala lo que llamaríamos hoy la congestión del tránsito por este paseo, expresando que era indispensable "la atención más rigurosa para no ser atropellado por los quitrines", y pondera cómo "cuando a cierta hora de la tarde en que el sol ha caído y el calor cesado, echados el fuelle y tapacete, se vé discurrir por el hermoso paseo a uno de esos ligerísimos carruajes, llevando dos o tres bellas cubanas, de que vé el observador, desde el breve y bien calzado pié hasta el rico y abundante cabello, cree que no es posible inventar carruaje más elegante y lindo, en un país en que abunda la hermosura y es necesario dejar que el viento gire y refresque".

PASEO MILITAR O DE TACÓN

Fué emprendida la iniciativa de la obra de este paseo por Don Miguel Tacón en 1835, concluyéndola su sucesor Expeleta, en 1839, extendiéndose desde el campo de Peñalver hasta la fortaleza del Príncipe, con unas 2,000 varas de largo y 40 de ancho, 20 para la

calle central y 10 a las laterales, divididas por cuatro hileras de álamos blancos, pinos y bambúes y ostentando bancos en abundancia. Constaba de cinco plazuelas que lo interrumpían. En la primera estaba y está la estatua de Carlos III; en la segunda, una columna estriada en el centro de una fuente, rematada por una estatua de la diosa Ceres; y en las demás sendas fuentes, de las que, en la última, había una estatua de Esculapio. Casi al final del Paseo se encuentra la Quinta de los Molinos, antigua residencia veraniega de los Capitanes Generales.

Este Paseo estuvo muy en moda al inaugurarse y hacia 1844 en que se hermosó la ~~antigua~~ calle de la Reina que a él conducía.

Cirilo Villaverde relata en 1841: "En los primeros días de la conclusión de este paseo, continuadamente estuvo visitado por innumerables señoras y caballeros de la Ciudad, que dejando sus carruajes en las calles del paseo, discurrían por él a pié, y lo examinaban todo con el placer y la curiosidad que despiertan los objetos nuevos y peregrinos, al bullir de las fuentes y el aire embalsamado de las flores".

Y agrega que al ser restaurada en 1840 la Alameda de Isabel II, "fué abandonándose el nuevo, de tal modo que hoy día son muy contados los carruajes, que se ven cruzar sus largas y solitarias calles". ¿Causas?: "Su lejanía del centro de la ciudad, es uno de los inconvenientes, que no puede superar ni aun el medio de transporte que se usa en Cuba, porque para alcanzar media hora de claridad es necesario trasladarse allá a las 5 de la tarde: cosa que está en contradicción con las costumbres de la clase rica de nuestra Sociedad, que es la única que en este clima abrasador puede frecuentar a esos paseos".

